

Gonzalo Contreras

El verano y toda su ira





Seix Barral Biblioteca Breve

Gonzalo Contreras

El verano y toda su ira

© 2025, Gonzalo Contreras
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6291-81-7
Registro de Propiedad Intelectual: 2024-A-11021
Primera edición: enero de 2025

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen
Impreso en:

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización
o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar
o alimentar sistemas o tecnologías
de inteligencia artificial.

*Para Tere Enos,
que ya no está en este mundo*

“Solo hay un mundo, y este es falso, cruel, contradictorio, seductor, sin sentido... Un mundo así construido es el verdadero mundo... Tenemos la necesidad de la mentira para alzarnos victoriosos sobre esta realidad, es decir, para vivir...”

F. NIETZSCHE. *ESCRITOS PÓSTUMOS*

“Solo como fenómeno estético se justifica la existencia”.

F. NIETZSCHE. *El nacimiento de la tragedia*

“Con frecuencia no sabemos lo que deseamos o lo que tememos. Podemos acariciar un deseo durante años sin confesarlo ante nuestra conciencia, e incluso sin dejarlo asomar a nuestra conciencia clara, pues el entendimiento no ha de saber nada de él, ya que sufriría la opinión que tenemos de nosotros mismos”.

A. SCHOPENHAUER. *El mundo como voluntad y representación*

PRIMERA PARTE

No se suponía que Bobby Serna muriera así, porque era Bobby Serna y no tendría nunca las agallas para pegarse un tiro en la sien. Soy de los que cree que para suicidarse hay que tenerlas, y lo que todo el mundo sabía de Bobby es que era un pusilánime o un intelectual o lo que sea que esa gente suponía que era ser un intelectual. Tal vez pensarán que fue la única manera que tuvo para romper con la escrupulosa discreción con que había pasado por este mundo, silencioso y ensimismado. Pobre Bobby, me decía, pobre Bobby, sin sentirme, la verdad, del todo sorprendido de que fuera él de entre todos nosotros el que se hubiera apresurado a tomar ese trágico puesto de avanzada. Solo yo sabía que había muerto un aventajado, el mejor de los hombres. En todo esto pensaba mientras manejaba por la autopista rumbo a Casablanca. No me sacaba de la cabeza al pobre Bobby y la pistola apuntando a su sien sin pensar en una forma de desquite, pero qué suicidio no lo es. Son muchos en el entorno del suicida los que han puesto de su parte en esos finales dramáticos con que el desdichado concita por una vez la atención sobre su persona. Como sea, es seguro que era la primera vez que Bobby daba

tanto qué pensar y conseguía que esa familia renuente a las emociones se reuniera y volviera por esta vez sus pensamientos hacia él.

No fue fácil estacionar en la pequeña Plaza de Armas de Casablanca, atestada en sus cuatro costados por automóviles nuevos y relucientes, que a no ser por el funeral de aquel forastero no estarían ahí brillando al sol del mediodía como agentes intrusos en aquel paisaje rural. Los hombres en trajes de ciudad, elegantes, azules o grises, y las mujeres con vestidos oscuros a media pierna, algunas con sombreros y grandes anteojos de sol, cruzaban la plaza en diagonal a paso tan rápido como yo, sin detenerse a mirar nada de la rústica escenografía cívica de Casablanca. Por la pequeña muchedumbre que se agolpaba afuera de la iglesia, blanca, ingenua y ascética, con su torre puntiaguda y un viejo reloj en su cara anterior, entendí que la ceremonia estaba lejos de comenzar. Me abrí paso como pude. Hacía calor y entre la multitud de cabelleras femeninas buscaba una en especial, esa de abundante pelo castaño rojizo, suavemente ondulado, que le caía a Moira hasta la mitad de la espalda. Ese pelo alborotado traía consigo a la memoria muchas Moira, ordenadas en perspectiva, ocupando distintos casilleros en el curso de las estaciones de esa vida que ahora mi memoria revisitaba.

Ya sin Bobby entre nosotros, mi lazo más fuerte con el pasado que se volvía de pronto tan presente era Moira Serna. Con Bobby, en justicia, tenía yo tantas deudas, y una, no la menos importante, era la de haberme llevado hasta Moira y sus hermanas o, como las llamábamos entonces, las “hermanitas” Serna. El diminutivo era la fanfarronada de los estúpidos adolescentes que fuimos, ya que cualquier

cosa menos condescendencia era lo que despertaban en nosotros las Serna, un ramillete de bellezas que en aquel tiempo nos inspiraban admiración, inquietud y deseo.

Avancé entre la gente agolpada a la puerta de la iglesia sin conseguir dar con ningún rostro que me fuera familiar. Han pasado muchos años y es imposible no sentirse un extranjero entre tantos desconocidos. Una cabeza encanecida, y algo despeinada, que sobresalía, era la de Roberto Serna, el padre de la hermosa camada. Y debía ser él, por la proximidad a los altos cirios que se elevaban junto a un ataúd aún invisible para mí.

Con Moira nos habíamos visto a lo largo de los años, nunca dejamos de saber el uno del otro, la mutua curiosidad se había obstinado en persistir. Cuando temía que, por la distancia o algunos largos silencios o el tiempo transcurrido, nos disolveríamos ambos en el olvido, Moira se encargaba de batir las alas y acortar esas distancias y recordarme que teníamos cosas que decirnos. Era extraño ese intento, débil por cierto, de no romper nunca con nuestro pasado, seguros de que contenía algo verdaderamente precioso. Con la muerte de Bobby había pensado mucho en eso los últimos días, en el precio de ese pasado.

Logré abirme paso y pude por fin ver a Moira. Inclínaba la cabeza en el hombro de su padre y susurrándole algo en el oído se dirigía ahora con sus pasos largos hacia una puerta lateral de lo que debía ser una sacristía. Cuando volvió a su lugar lo hizo cabizbaja, por lo que el pelo le tapaba la cara. Con su vestido negro abierto en la espalda, veía desde ahí la piel tersa asaltada por dos espléndidos omóplatos, la línea de las vértebras me habían sido un tiempo un territorio tan conocido que era como si mis dedos la palparan. La que

quedaba a su derecha debía ser Ofelia, junto a esta, Olga, y Vanessa, inconfundible, alta y rubia, la que continuaba, en la punta de la banca con Pilar, envuelta en un suntuoso caftán rojo, con Raimundo Serrano, su marido, al lado derecho de ella, vestido de impecable gris.

En ese momento, sonaron en la nave de la iglesia las primeras armonías de “Shine on You Crazy Diamond” de Pink Floyd, y sentí un escalofrío, a la vez que supe que no podía ser sino idea de Moira. Hasta ahí no había pensado en lo magnífica que sonaba esa música en una iglesia. Moira seguía cabizbaja y yo hubiera querido poder ver ese rostro. Estuve de pie todo lo que duró la ceremonia, apoyado en una columna de la nave lateral.

El sacerdote dijo solo verdades del pobre Bobby, que era bueno y manso, que nunca hizo daño a nadie, que fue querido por cuantos lo conocieron, que dejaba este mundo sin ningún reproche, salvo, claro, el haberse anticipado a la mano del Señor. Mientras el cura hablaba, los hombres se aclaraban la garganta, incómodos, y algunas mujeres lloraban muy tímidamente. En la primera fila, la de la familia directa, aparentemente, se mantenían impertérritos, salvo Moira. Estaba ahora con la cabeza erguida, no se movió durante todo el sermón ni se giró en ningún momento a mirar a su alrededor. No sé cómo se puede advertir, vista de espaldas, a alguien impaciente, y me parecía que Moira lo estaba. Impaciente por estar lejos de ahí, por escapar de los protocolos del ritual fúnebre y huir a una colina lejana donde llorar a Bobby a solas. Demasiados intermediarios entre el ceremonial y su pena, lo adivinaba mirando sus hombros rectos, altos y ahora algo encogidos por las manos tomadas adelante. Había una cierta majestad en Moira vista

de espaldas. De frente no lo era menos, con su cara alargada y, ahora con el tiempo, cuando se disponía a cumplir los cincuenta, algo melancólica. De niña, con la cara más llena, era risueña. Cuando se le presentaba un desconocido, uno que no era un cualquiera, abría los ojos, te miraba de arriba abajo, primero seria y escrutadora, te sentías incómodo y desarmado, pero luego sonreía con un lado de la boca y te cerraba un ojo, y te dabas cuenta de que todo había sido una broma. Con ese solo gesto creías de inmediato que ya eras su amigo, pero estabas equivocado, te faltaban mil pasos todavía para llegar hasta ella, algo que sabrías más adelante.

La imagen de ese falso guiño cómplice corresponde a la primera vez que puse un pie en la casa de las Serna y me la encontré sola en el jardín. El gesto juguetón de los ojos que te decía que era una chica lista y que quería divertirse a tu costa. Treinta años es el tiempo que me separaba de esa visión original. Ahora la miraba de espaldas, un leve temblor en los hombros, su pelo rojo y la vista perdida en un punto indeterminado de la iglesia, silenciosa.

Respiré aliviado cuando todo hubo acabado. Hay algo opresivo en las misas fúnebres por muy querido que sea el muerto. Todo el mundo quiere escapar de ahí y volver a los signos materiales de la vida, al cielo, al sol, al verde de los árboles, a estirar los músculos porque la vida continúa allá afuera y debemos recordarlo; así es que fui de los primeros en salir a la calle, prender un cigarrillo y apostarme en la plaza para no verme envuelto en el barullo que suele hacerse en torno al féretro. El cortejo de hombres que llevaba las manillas del ataúd, entre los cuales debía haber estado yo, era precedido por Roberto Serna, el viejo Roberto Serna, ya un octogenario, aún robusto, pero quebrantado por la

pena; tras él, un aturdido Cirilo seguido por los talones por su primo Alfonso. Era notorio que de sus cuatro hijas no le quedara más yerno que el marido de Olga.

Roberto Serna no estaba facultado para entender lo que había pasado; lo que hubiera ocurrido con su hijo, nunca lo entendería. Siempre sentí pena por el viejo Serna, o una irritada compasión, que creo la sentían todos. Alguna vez fue el hazmerreír de muchos, el marido burlado, abandonado por su esposa, engañado a vista de todo el mundo, de esa pequeña sociedad que él tanto rehuía. Si había sido el último en enterarse cuando “todo el mundo” lo sabía, su problema era no conocer ese “mundo”, esa sociedad, que era la de su mujer. Habría debido saber que a ese mundo no le importa verdaderamente la suerte de los demás como no sea para chismorrear un tiempo a costa de ellos, pero que muy pronto olvida todo, incluso lo más abyecto. Ese mundo nunca levantó una sombra de reproche hacia Pilar Müller y Raimundo Serrano, porque el mundo premia a los intrépidos y ninguna cuestión de orden moral le quita honores al transgresor que se sale con la suya. La sumisión ante el escarnio de Roberto Serna se hizo más amarga por la compañía de Blanca Rivas, su amiga desinteresada, acompañante discreta, que venía a reforzar el estigma de su derrota. A diferencia de Pilar y Serrano, Serna y “la señora Blanca”, como la llamaban las hijas con un dejo de maldad, se habían conocido ya tarde en la vida, a la edad en que si el amor existe toma otra manera, más cercana a la gratitud, a la necesidad. Era otra cosa, difusa, torpe; para las hijas esa relación simplemente no existía. Como fuese, esa mujer no recibía ni el más mínimo afecto de parte del hombre al que hacía compañía. Cuando yo era muy joven, Serna era

para mí un hombre bueno, pero cándido, y nunca lo pude asociar con la madre de sus hijos, me decía ahora viendo a Pilar, envuelta en su soberbio abrigo rojo, presidiendo el cortejo, rodeada de sus hijas y del brazo de su elegante marido. Moira iba tras ella, tan alta como su madre, en su vestido negro, un ramo de flores amarillas en la mano, y la mirada contrita. Vanessa iba a su lado con pañoleta de encaje negro cubriéndole el pelo, como las damas de antaño, envuelta en un vestido también negro, pero de una tela liviana, sin mangas, de cuello subido y muy ajustado, se diría casi un vestido de noche. Moira parecía más afectada que la mujer de hablar atropellado en el teléfono que me refirió a saltos los hechos en torno a la muerte de Bobby, dos noches atrás.

Cuando el ataúd fue subido a la carroza, el grupo se dispersó, Moira levantó por fin la mirada y me vio apostado en una punta de la plaza. Siempre ocurría así, ella me encontraba en el campo de su mirada; no es que me buscara, ocurría que el azar nos ponía a uno al alcance del otro, y creo que la mayoría de las veces, como desde jóvenes, a ella la reconfortaba saber que yo estaba cerca.

Una vez que Moira me hubo visto, detuvo por un momento sus ojos en mí, miró a lado y lado y atravesó la calle que nos separaba. Qué hermosa se veía, su silueta delgada, su cabellera pelirroja cayendo a los dos lados de la cara, casi cerrando su rostro, la demarcada línea de las cejas, con su vestido negro hasta la rodilla. Siempre me ha llamado la atención que las mujeres, no importa la ocasión, nunca pierden la oportunidad de homenajear sus piernas si las tienen bonitas como las de Moira. Llegó apresurada hasta mi lado, con la mirada turbada. En esos casos bizqueaba levemente.

—Me voy contigo —se limitó a decir, quitándome el cigarrillo y dándole ella una calada.

—Vamos —le dije yo, y caminamos hasta mi auto.

—¿Y Cirilo?

—Ese minibús se los lleva a todos. Van felices ahí —dijo indicando a una van blanca estacionada a un costado de la plaza y a una hilera de niños y adolescentes con chaqueta y corbata y vestidos glamorosos las niñas, todos agolpados en la puerta. Cuando Cirilo hizo el ademán de salirse de la fila y unirse a nosotros una vez que nos divisó cruzando la plaza en diagonal, ella le hizo un detente con la mano y lo envió de vuelta a la fila del bus. No fue nada cariñosa en su gesto, y tanto el niño como yo pudimos entender que Moira no estaba de humor. No era el ánimo adecuado a la circunstancia, pero era habitual en Moira que su humor no encajara con el tono requerido a la situación.

—¿Tenemos que ir tan rápido? —dije caminando a su lado.

—Estoy nerviosa, y agotada, además —respondió. Moira caminaba con mucha energía, con los brazos muy activos.

—Me imagino —me limité a decir. Para qué insistir con sacarle palabras cuando su pensamiento estaba en otra parte, varios pasos más adelante. Muy a menudo pensaba si la demasiada confianza que había entre nosotros no la facultaba para ser brusca como lo había sido ahora. Llegamos hasta mi auto, el que escogí del *rent a car*.

Seguimos el largo cortejo rumbo al cementerio.

—Dame un cigarro —dijo en un momento en el auto.

—Acabas de fumar uno.

—Ya te dije, estoy nerviosa. Mis hermanas son una nulidad y voy a tener mucho trabajo.

Le prendí yo mismo un cigarrillo y se lo pasé. Ella abrió la ventanilla y respiró profundo. Ya estábamos en el camino rural. Ni por un segundo se había vuelto hacia mí y miraba de un modo indeterminado los cercos junto al camino.

—No vi a Verónica, a Fito en cambio sí lo divisé —dije yo por decir algo.

Ella se demoró en contestar.

—Inexplicable, pero de esa se puede esperar lo que sea. Mejor que no haya venido. No me importa ella en lo más mínimo. Fito es otra cosa.

Verónica Bustos era la novia intermitente de Bobby, histórica los últimos diez años, pero a la vez ocasional, cuando él y ella coincidían en el mismo humor, cosa rara de ver. Fito es el hijo de ella. Durante nuestra última conversación Bobby la había mencionado solo para decir de un modo ambiguo que “estaba de viaje”. No pregunté a dónde, pero imaginé que era otra toma de distancia, una más, emprendida por Verónica para alejarse de él.

—Después habrá un almuerzo en El Trébol, para la familia, y algunos pocos amigos, muy pocos. Estás invitado, tú sabes.

Yo guardaba silencio.

—Es como si fueras de la familia —dijo ella sin mucho calor.

—Lo sé —respondí.

—Lloré toda la noche —dijo de pronto, siempre mirando hacia afuera de la ventana.

—Yo casi no dormí, pasé toda la noche en vela pensando, en Bobby, en todos, en todos nosotros.

—También he pensado, no sabes cuánto —dijo con desaliento.

En ese momento nos adelantó a toda velocidad una Ford Ranger roja con una llamarada de fuego dibujada en el costado. Nos sobrepasó y también a la lenta carroza funeraria que llevaba la delantera, y se perdió en la recta.

—Ofelia —dijo ella apenas con un murmullo.

—¿La otra es la monja?

—Sí.

—¡Qué perseverancia!

—Nadie lo diría. Ya llevan cinco años. Y se aman. Un poco locas, claro —dijo con indiferencia echando el humo por la ventana.

La amiga de Ofelia Serna, la menor de todas, era Talita, una monja salvadoreña de la orden Discípulas de Jesús que había llegado al país como misionera. Antes había estado en África atendiendo a enfermos del ébola. Era una pocomam bastante bonita, menudita pero enérgica y que hablaba el pocomam con la misma suavidad enfática con que se manejaba en inglés. Las había visto apenas unas veces juntas y eran las más activas visitantes de El Trébol porque ambas se habían hecho cargo del cultivo de nogales, que explotaban con bastante éxito. Eran además la compañía más asidua del viejo Roberto Serna, una vez que este decidió recluirse en El Trébol a esperar su muerte. Por lo que sabía, el viejo Serna adoraba a la pocomam porque era monja, y católica, dado que no hubiera tolerado que la amiga íntima de su hija menor fuese evangélica, cosa que suponía eran todos los misioneros centroamericanos.

—¿No estaban en Stanford?

—Volvieron hace un rato —dijo, mientras seguía mirando por la ventana. Luego habló otra vez—: ¿Cómo supiste que estaban en Stanford?